

Invisibles



Teresa Pascual
Ingeniera de
Telecomunicación

Hace unos meses el Ayuntamiento de Madrid hizo una campaña publicitaria, que repite ahora, para intentar justificar el desasosiego producido a los madrileños por el caos de las obras que asolan la ciudad. Son fotos que no inspiran nostalgia y, a mi modo de ver, eso es un éxito de quienes han diseñado la operación. Pretendían mostrar cómo era antes Madrid para, sin necesidad de ser demasiado explícitos, demostrar que, si no fuera por las reformas, aún seguiría así. De hecho el lema de la campaña era “¿Qué pasaría si no pasase nada? En esas fotos, magníficos edificios comparten vecindad con la miseria y el abandono. De todas las fotos de esa campaña, elijo una que muestra una construcción muy emblemática, al menos para mí; me refiero al puente de Toledo. Es una imagen donde la ropa tendida al borde del río Manzanares habla por sí sola de la vida, difícil, de la mayoría de la población. Ahora nada hay en esa zona que recuerde esa pobreza antigua; sin embargo, en todo momento, incluso en el farragoso actual, permanece inalterable y majestuoso el puente de Toledo (terminado en 1732).

Ese es un privilegio de esa otra ingeniería, compañera de la nuestra, que ofrece resultados tangibles.

Cualquiera puede admirar, con más o menos matices dependiendo de sus conocimientos, la grandiosidad y dificultad de unas obras prácticas y sólidas. Desde la época de los acueductos, estas obras de ingeniería han venido a resolver problemas concretos, cuya necesidad era obvia para casi todos. El resultado final dependía del buen hacer de quien lo había diseñado y de los medios y materiales puestos a su disposición para llevarlo a cabo. Otro puente madrileño, muy cercano en distancia al anterior, el puente de Praga, tuvo que levantarse hace relativamente poco para sustituir al que se construyó, pocos años antes, con materiales que no se correspondían con los previstos inicialmente. Al menos eso es lo que se dijo, en aquella época oscura de mediados del siglo pasado, en determinados círculos madrileños.

No deja de ser curioso la atracción que ejercen en general las obras públicas. Pocos son los que se resisten a ver cómo trabaja una grúa o cómo lo hace una moderna apantalladora o una gigantesca tuneladora. Nuevos medios, nuevas técnicas y nuevos materiales para satisfacer las necesidades de siempre. Ahí están, la mayoría durante siglos, como modelos de una manera de hacer y de una época. Ahí están también los autores exponiéndose a la posteridad. Los modernos ingenieros de telecomunicación tienen más difícil la visibilidad de su trabajo.

En estos meses en que se han celebrado los 150 años de las telecomunicaciones es fácil darse

cuenta de que no disponemos en nuestro sector de iconos tangibles que hagan observable nuestro quehacer. A nadie se le escapa que las telecomunicaciones han contribuido y contribuyen a cambiar la vida de las personas de una forma definitiva y contundente, incluso satisfaciendo en algún momento las necesidades que estaban y están por llegar. Es una ingeniería que se da a conocer, no por los productos físicos concretos, sino por los servicios que pone a disposición del público. Y esos servicios, los más sorprendentes, están hechos sobre algo inmaterial (las ondas hertzianas, el software), sobre lo que no se ve.

No deja de extrañar que cuando se ha celebrado el quincuagésimo aniversario de la televisión en España, no se haya hablado de los ingenieros de telecomunicación que lo hicieron posible, sino sólo de los creadores de los programas que se emitían y de los responsables que los gestionaban. No se ha hablado tampoco de los proyectos de ingeniería, del equipamiento y ni de su evolución.

Aunque el público no pueda apreciar el mérito y la importancia de los diseños de las infraestructuras que hacen posible los adelantos más relevantes en el ámbito de las telecomunicaciones, los historiadores podrán recurrir a los equipos, a la solidez del hardware. Ahora hay más conciencia del valor de lo antiguo y es más probable, aunque no seguro, que no acaben en la basura los equipamientos más representativos. Sin embargo, hay

algo que todavía se escapa más a la visibilidad de nuestro trabajo, me refiero al software. El software es como las partituras en música, que sólo se aprecia su valor cuando hay un “instrumento” capaz de interpretarlas. La diferencia con las partituras está en que, en el caso del software, la partitura sólo vale para un instrumento concreto y, desaparecido éste, el software es “nada” porque no se puede reproducir. Todo el trabajo de los pioneros del software, algunos lo fueron hace sólo unos pocos años, ya no es accesible. Su trabajo fue sólo fulgor de muy poco tiempo y el punto de partida para los desarrollos posteriores, pero se perdió el quién y el cómo, algo que todavía se puede saber, por ejemplo, del puente de Toledo en Madrid o del Partenón de Atenas. Cuando, dentro de otros ciento cincuenta años, alguien haga una historia de nuestra profesión, sólo podrá hablar de lo que hacían los productos que ahora están en la calle, de su forma y su tamaño, pero no de su “partitura”. ♦